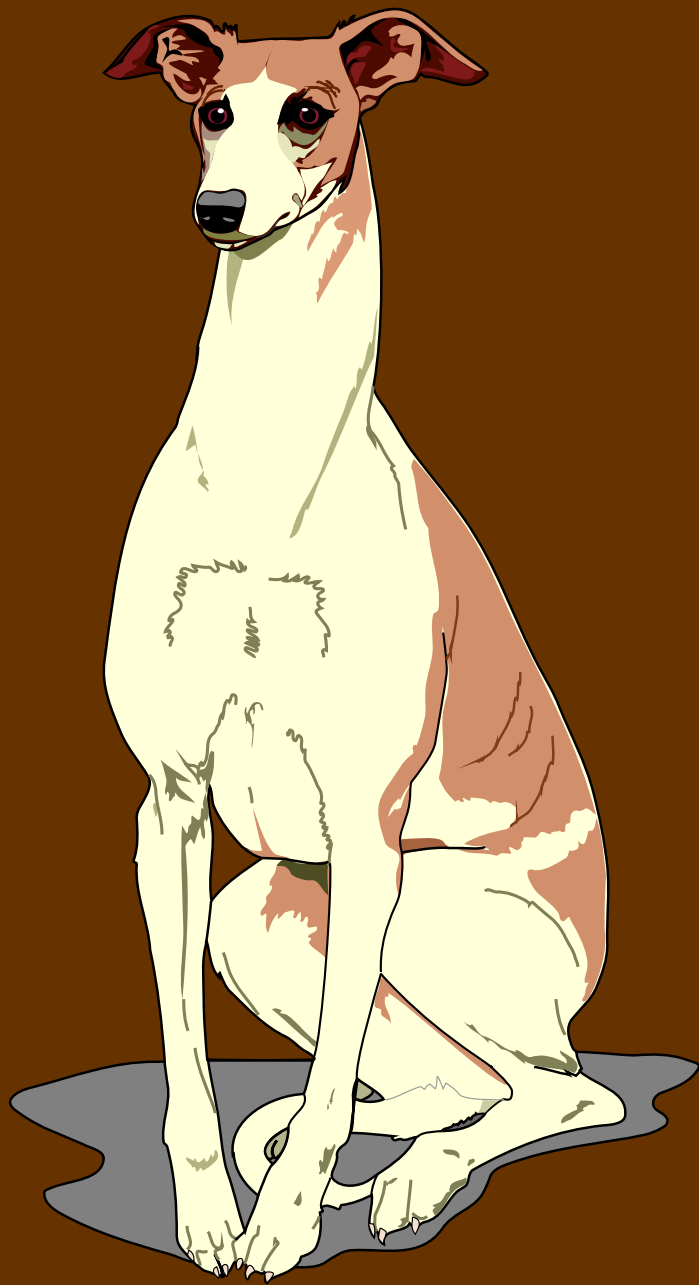




El Mundo Perro

Jesús María Solís Medina, 2010
Obra propiedad del autor
FVA impresos y diseño gráfico.
Todos los derechos reservados.

Literatura a Granel No. 3
Santo Domingo,
República Dominicana,
2010.



Anochecía y la nueva luna llena pintaba de plata el follaje pasivo de la montaña. Salpicaba a cabalgatas un transeúnte, Marcos Rafael Perro, a doscientos metros de la casucha escogida como mezquita, cuando, rápidamente tronó en los aires la voz rugiente llamando a los Hermanos Perro, y una pléyade se agolpó para recibir la bendición del Dios Perro. Todos tras su alimento espiritual. Mientras Luís José Perro –el segundo después del bajísimo Dios-, repartía migajas de pan, carroña,



desperdicios de comida dejados en vertederos, regateando y mordiscando cada pizca de la ración. Comenzaba otra noche de aullidos y de ladridos.

Pero en la cima, más allá del lodo, la comida y la mezquita, se encontraba orando por todos los Hermanos Perro, Enrique Miguel Perro, el escogido por Dios. El pensaba que todos los perros tienen un lugar seguro en las profundidades de la tierra. Bajó su hocico y cerrando sus ojos aplaudía la llegada y compañía de los



espíritus de la Hermandad; se esforzó por mantener sus pies y su hocico en la dolorosa y difícil torsión requerida para lograr una comunicación más profunda.

De sus ojos negros como el ébano se hicieron rodar dos lágrimas convertidas, pues, en luceros. Era el suplicio por los pecados del Mundo Perro, de aquellos que odiaban a todos; que regateaban y gruñían trozos de carne de otros; de aquellos que sus



corazones eran piedras de lignito; lloraba por los sarnosos, los realengos, los viralatas, los pulgosos, por los que cagaban donde se les diera la gana; por los que orinaban cada esquina o árbol del parque; por aquellos que con ripios erectos se creían ser los dueños de todos los culos y se las copulaban a todas sin que nadie pudiera opinar nada de nada; oraba allí postrado y cerrados sus ojos por los sin miramientos, los impúdicos, los indecorosos.

Cuento: El Mundo Perro.



Sufría amargamente la vagabundería de toda la Hermandad.

Abrió sus ojos en feroz concentración, inspiró profundamente, conteniendo el aliento, forzando aquella inusual posición un momento más. Encrespáronse sus pelos, cada momento era puro sufrimiento por el dolor y la maldad de la Hermandad. Todos ellos llevaban en su interior un perro, sucio, maloliente, sádico, orgulloso, arrogante, altanero, sin clase, vil,



cruel, envidioso, traidor, tirano; pero él, Enrique Miguel Perro, era el salvador del Mundo Perro.

Los perros, como es bien sabido, nunca se portan bien, nunca son honestos, decentes, nunca son de confiar. La confianza en su mundo es para ellos vergüenza, y es deshonor. Pero Enrique Miguel Perro, sin avergonzarse, y al humillar nueva vez su hocico en aquella temblorosa y aniquilativa posición –cerrando sus ojos,

Cuento: El Mundo Perro.



cerrando sus ojos, y pensamientos injustos de nuevo-, no era un perro cualquiera, vano. Era el salvador del Mundo Perro.

La mayoría de los perros se molestan en aprender buenos modales, útiles a la sociedad de los Hermanos Perro: como no comer porquerías, sólo la comida exclusiva de su amo; no ladrar si no ven u oyen qué ni a quién; jugar con todos menos con los sin costumbres ni higiene. Para la mayoría de los perros no es virtud



lo que les importa, sino porquería. Para este perro, sin embargo, no era la porquería que le importaba, sino salvar su mundo. Más que nada Enrique Miguel Perro, amaba su mundo.

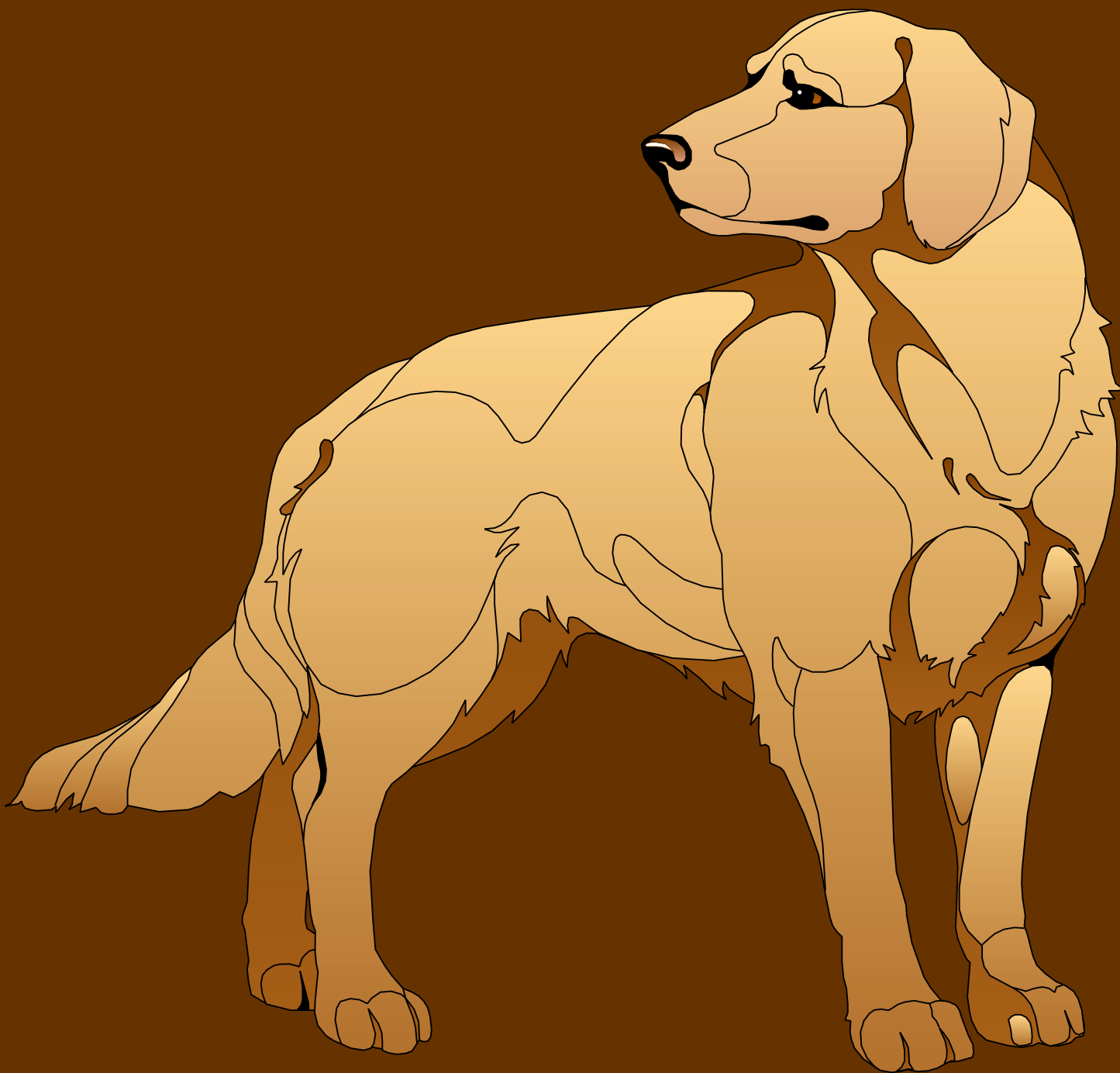
Este modo de pensar, caviló, no es la forma con que un perro atrae a sí el universo de los Hermanos. Hasta sus padres de superficie sintieron vergüenza, al ver a Enrique Miguel Perro pasarse días y noches... semanas orando y meditando en la cima



de la montaña, en comunicación directa con el Dios Perro, poniendo en práctica su fe como el escogido para salvar su mundo perdido y desacreditado; de perros hambrientos de comida y no de espíritu; un mundo cómodo, sólo viven durmiendo de día, en cambio, por las noches aúllan y ladran sin sentido, por gusto de ladrar.

No comprendía por qué, por ejemplo, cuando oraba sobre las

Jesús María Solís Medina



mesetas –montañas menos altas-, el Dios Perro escuchaba sus oraciones más de prisa, y, por ende, se agotaba menos; y su cuello no terminaba con la habitual tortícolis, hocico reseco y ojos endurecidos por el polvo y el viento frío, sino que dejaba tras sí una estela de estrellas que cubrían sus noches más oscuras, como si el mismo Espíritu del Dios Perro acompañara sus vigiliass día y noche.



Pero fue al empezar sus largos peregrinajes de cima en cima –que luego repetía semana tras semana- que sus padres de superficie se desanimaron aún más. No comprendían que el escogido era sólo hijo material de ellos, pero, en suma, hijo del Dios de la Hermandad Perro.

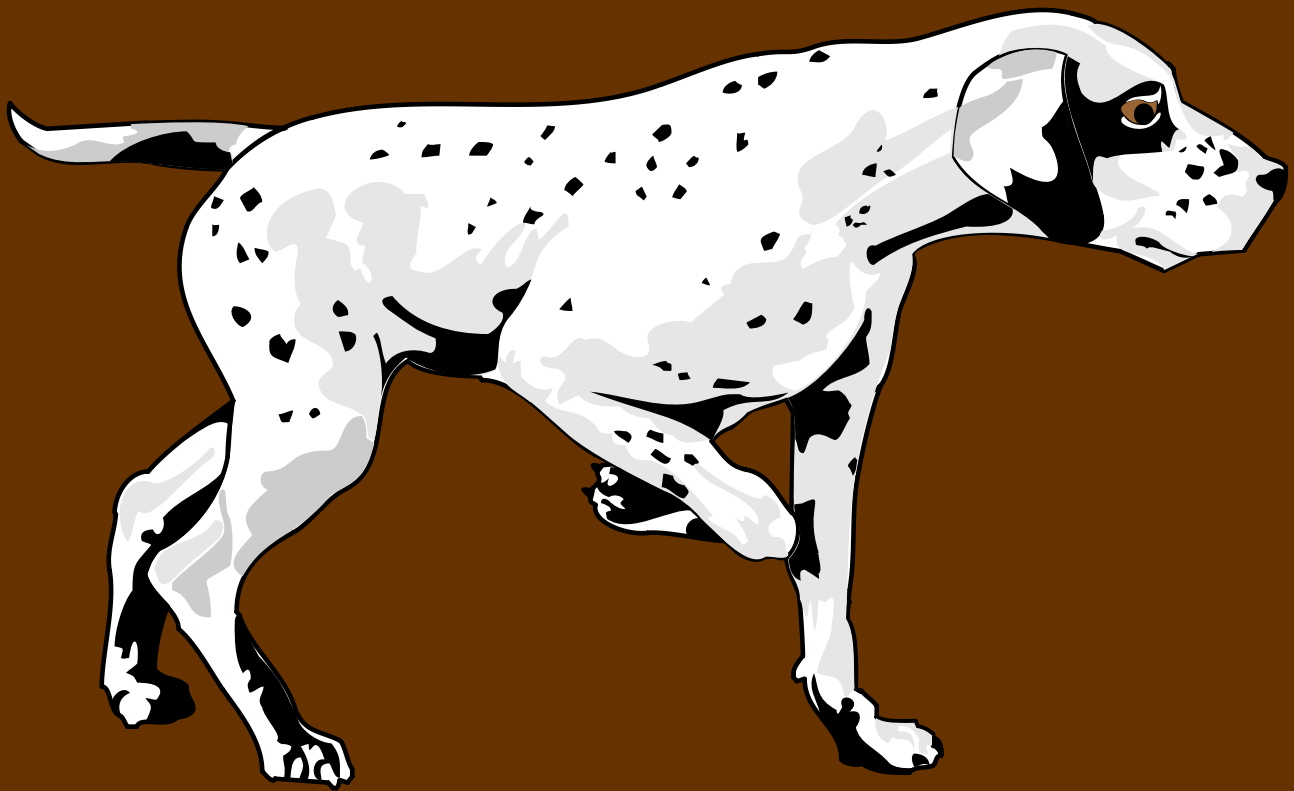
- ¿Por qué, Enrique Miguel, por qué? –preguntaba su madre-, ¿Por qué te resulta tan extraño ser igual a uno de tus Hermanos,

Jesús María Solís Medina



Enrique Miguel? ¿Por qué no dejas las largas caminatas a los peregrinos o a los fatuos pecadores? Te vas a morir. ¿Por qué no comes? ¡Hijo, te pareces ya a los perros sin dueño, carroñeros!

-No me importa lo que digan y murmuren respecto a mi apariencia canina, mamá. Sólo busco la salvación de tantos perros que corren, comen, mean, cagan, copulan, duermen, ladran y no saben por qué ni para qué. Nada más. Sólo deseo que ellos



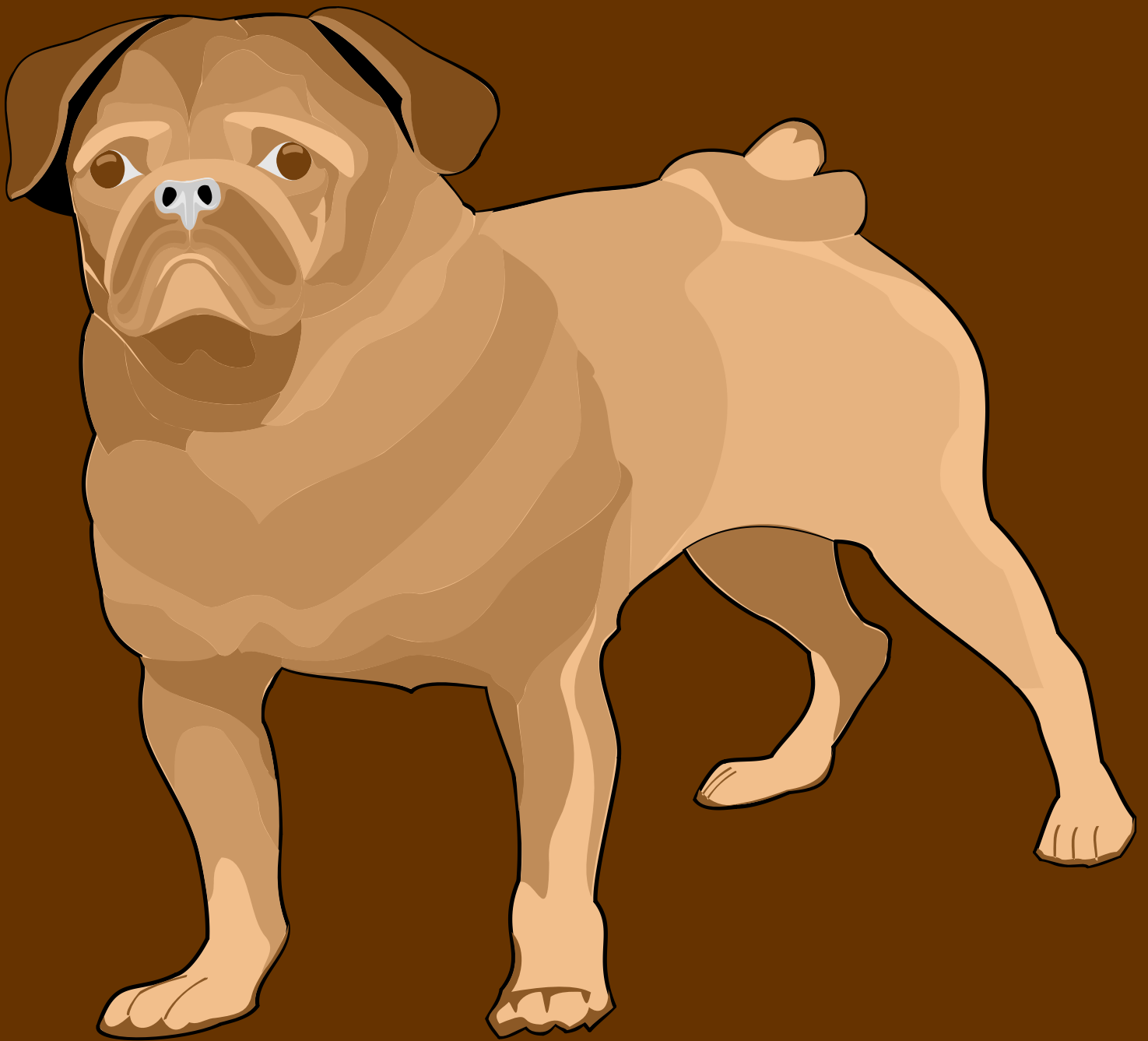
me entiendan.

-Mira, Enrique Miguel –dijo su padre, acariciando con su pata derecha su lomo-. El invierno se acerca. Habrán pocos escondrijos, cuevas y demás; el alimento se alejará, puesto que la gente se larga a vacacionar por países que ellos nunca han visto, los vertederos los recogerán. Si quieres orar, hazlo por comida, de cómo conseguirla; que el Dios Perro nos envíe una bandada de



palomas, perdices, de conejos ¡o ratones! Esto de orar es muy bueno y hermoso, pero si tienes la panza harta. No olvides que antes de pedir la salvación de estos perros asquerosos, sucios, rastreros, que ni se bañan, pulgosos, pide comida para nosotros y duerme hasta que el estómago te arda y pique.

Enrique Miguel Perro atolondrado por aquel sermón, no tuvo más remedio que obedecer la norma que desde millones y



millones de años vienen cumpliendo al pie de la letra sus Hermanos que como él no son más que perros.

Durante un año justamente –treinta días en el calendario del Mundo Perro-, intentó ser un perro común y corriente; olvidóse de la salvación, comiendo porquerías, virando tanques y zafacones, cogiéndose con todo tipo de perra que le movía el rabo; de noche le ladraba a la nada, como si viese visiones. Se cualquierizó con

Jesús María Solís Medina



los perros de su mundo.

En una ocasión por tratar de lamer hasta el tope una latita de sardinas, se le atrabancó la lengua y su aullido se escuchó en las profundidades de la tierra. La mano bondadosa de un ángel hembra, Carlota Miguelina Perro, pudo transformar la lata en un pescado y de este modo tragó y se liberó de esa maldición, en su ambición de hartarse el último chin de la sabrosa sardina.

Cuento: El Mundo Perro.



Con la lengua cortada, pensó, y deliberadamente se dejó caer en el suelo pedregoso donde se reunían la mayoría de ellos.

–Podría estar purificándome, mi alma estaría en contacto con mi Dios, orando y predicándole a mis Hermanos el verdadero sentido de ser perros.

No hubo más demora. Relampagueante fue su huida a la más elevada de todas las cimas. Allí lloraba por los pecados de sus



Hermanos y suplicaba al Dios Perro compasión para ellos. Que cualquier castigo se lo infligiera a él, que era su escogido. Así sucedió. El Dios Perro castigaba a Enrique Miguel, para que los Hermanos Perro vivan como se les dé la gana.

Enrique Miguel intentó múltiples formas de meditación. Erguido en dos patas, de cuclillas, acostado con las patas hacia arriba, sentado, besando el piso y culo para arriba. Con los ojos



cerrados o con ellos abiertos. Con la lengua péndula. En fin posiciones exclusivas de perros. Necesitó un extraordinario esfuerzo, pero lo consiguió. No le importó el sacrificio o lo que hubo que dejar detrás. Triunfó, logró que el Dios Perro llevara la carga de los pecados de su mundo, sin que hubieran más castigos para él. Consiguió la obra de mayor valor para los perros.

Aunque lleno de júbilo no actuó precipitadamente. El éxito



estaba asegurado. Ya podía orar en cualquier rincón del bosque, a cualquier altura, posición u hora. En las cimas o en las profundidades; sus peticiones ya no eran ruegos sino órdenes, que todos sus ángeles cumplieran al pie de la letra. Considerado por muchos como un perro excepcional, juicioso y milagroso. Así comentaban en las reuniones de él Marcos Rafael Perro, director de aullidos y ladridos de la mezquita, donde se predicaba la



palabra del Dios Perro; Leandro Antonio, Evalinda y Lucila del Carmen, éstos perros seguidores de Enrique Miguel Perro, en sus travesías acostumbradas de cima en cima. Con él aprendieron a orar y no se arrepintieron del precio.

Enrique Miguel Perro rápido se dio cuenta del por qué fue elegido como el salvador e intercesor de los perros de su Hermandad. Su obra fue tan extrema que libertó de la cárcel de



sus mentes a los viralatas, carroñeros, caga patios, a los sinverguenzas. Decía que no hay limitaciones para arriesgarse a triunfar. Predicaba que es arriesgado arriesgarse, pero más arriesgado es no arriesgarse. Que pocos son los que bajan de su pedestal, para ayudar a subir a un perro sucio, asqueroso, sin raza y moribundo. Muchos creyeron en sus palabras y lo siguieron para siempre.



Profetizó que todos llevamos un perro dentro, sucio, asqueroso, vil, maloliente, cagón, mión, orgulloso, altanero, traidor, mentiroso, indiferente, idólatra, desconfiado, lujurioso y burlón. Siempre seremos perros, aunque seamos miembros de la mezquita, hablemos como Dios, siempre llevaremos un perro sucio dentro. Sólo seremos perros limpios y buenos cuando seamos rescatados del mundo perdido y llevados a las profundidades de la tierra, morada eterna del Dios Perro.

Jesús María Solís Medina



*Esta obra Cuento: El Mundo Perro,
Del autor Jesús María Solís Medina, se editó en los talleres de
FVA impresos y diseño gráfico dominicano,
En Santo Domingo, República Dominicana.
Primera edición digital en CD, octubre 2010
Con una tirada promedio de 1,000 ejemplares.*